

La luz en la Acrópolis

Y ofreciéndose todavía a la vista el Partenón como por milagro, y estando aún visible la huella del templo de Aytenea Eragane y todavía en alto el de Atealada victoria y el singular templo donde las muchachas hacen de columnas, es ella, la Acrópolis, la que al fin vence. Insensiblemente ha ido ganando la mirada, la mente misma del contemplador, la que se hace presente cuando menos se le espera, en un espacio último, cuando ya no se espera ver nada más. Y así todo el recorrido parece ser el camino para llegar a ese lugar desde donde templos y columnas desaparecen, como una serie de aulas que han dejado pasar al que no ha hecho sino seguir a través de ellas; sin creer que iba más allá, deteniéndose en ellas como si el tiempo todo le asistiera.

Pues que sucede en los diferentes planos de la vida que el verdadero trascender el movimiento real del sujeto se cumpla cuando éste no lo advierte.

Se confunde en el pensamiento actual el trascender con el ir sabiendo que se va hacia un lugar que está más allá de lo que sale al encuentro. Y así las más inmediatas zonas de la realidad quedan desatendidas, no se les presta atención suficiente. Y todavía más gravemente se las mira como obstáculos. O en el polo opuesto el sujeto en cuestión se detiene en la realidad inmediata como si fuese la única. Mas aun dentro de ella sola, con ella a solas puede sufrir el mismo engaño. Pues que la realidad es siempre múltiple y diversificada y desrealiza en no importa cuál de sus zonas, por muy inmediatas y firmes que se aparezcan.

No cabe pensar que la colina de la Acrópolis fue dedicada deliberadamente a que al recorrerla, el fiel de entonces, se encontrase

trascendiendo todo lo allí edificado. Y sobre todo que el templo ofrecido por los ciudadanos de Atenas a su diosa fuera a tener en la mente de ellos y de su arquitecto el destino de acoger a los fieles y dejarlos pasar más allá sin que ellos siquiera lo advirtiesen. Y no habría propiamente un lugar más allá, toda la colina se fue llenando de templos, como sucede en los lugares preciados: cuando se descubren han sido, eran ya, de alguien. Y en los lugares cumbres de una religión, ninguno ha ascendido a ser divino que no haya sido anteriormente sagrado. Y el tránsito de lo sagrado a lo divino es precisamente la función misma del templo griego de la religión olímpica, concretamente desde los lugares oscuros consagrados a los dioses llamados *ctónicos*, desde los lugares oscuros, ellos mismos «dioses» *ctónicos*, preferimos decir, la religión de la luz y de la visión, en cierto modo también de la palabra, fue creando templos sucesivamente hasta llegar a los templos finales, al templo final que para ellos, los coetáneos, era el templo ya logrado, el que les permitía descansar en la paz humano-divina siempre. Mas que para nosotros ese templo último, acabado ya, es este que el tiempo nos ha dejado salvándolo, a veces durante siglos de olvido, de la mordedura de la historia. Y hasta esa misma mordedura de la historia al fin viene a formar parte de la llamada ruina, sirviendo al templo final, al casi deshecho o en vías de deshacerse, el reducido a signo, mas a signo del que rebosa el significado, trascendiéndose más allá, incalculablemente del pensamiento y de la acción que lo elevara.

Al decir dioses *ctónicos* hemos usado las comillas, porque en verdad propiamente no ha podido haber nunca este género de dioses. Un Dios es ya una manifestación, una forma con su función propia, tiene rostro y figura. Rostro, figura es lo que el hombre ha tendido hacia lo

que le sobrepasa y trasciende, ha pedido siempre a la potencia avasalladora, al ser o al sobre-ser que no le deja. Y que sin dejarlo le deje ver su rostro, salga de su sombra y se le dé a ver plenamente, es lo que pide. Y al pedirlo lo hace de un modo poético en la religión olímpica,

poética por excelencia. El «milagro griego» es ante todo el prodigioso poetizar del hombre, poetizar siempre aún en la filosofía para apresar adecuadamente lo divino encerrado en el cosmos oscuro, en el cielo adverso, en la tierra gimiente (...).

LA LUZ EN LA ACROPOLIS

Y ofreciéndose todavía a la vista el Partenon como por milagro, y estando aun visible la huella del templo de Aytana Eragane y todavía en alto el de Atalada victoria y el singular templo donde las muchachas hacen de columnas, es ella la Acropolis la que al fin vence. Inmensiblemente ha ido ganando la mirada, la mente misma del contemplador la que se hace presente cuando menos se la espera en un espacio último, cuando ya no se espera ver nada más. Y así todo el recorrido parece ser el camino para llegar a ese lugar desde donde templos y columnas desaparecen, como una serie de aulas que han dejado pasar al que no ha hecho sino seguir a través de ellas, sin creer que existiera más allá deteniéndose en ellas como si el tiempo todo le asistiera. Pues que sucede en los diferentes planos de la vida que el verdadero trascender el movimiento íntimo real del sujeto se cumpla cuando este no lo advierte. Se confunde en el pensamiento actual el trascender con el ir sabiendo que se va hacia un lugar que está más allá de lo que sale al encuentro, y así las más inmediatas zonas de la realidad quedan desatendidas, no se les presta atención suficiente. Y todavía más gravemente se las mira como obstáculos. O en el polo opuesto el sujeto en cuestión se detiene en la realidad inmediata como si fuese la única. Mas aun dentro de ella sola, con ella a solas puede sufrir el mismo engaño. Pues que la realidad es siempre múltiple y se diversifica y desrealiza en no importa cual de sus zonas, por muy inmediatas y firmes que se presenten.